

La Palma



de Cádiz

PERIODICO POLITICO, MERCANTIL, LITERARIO, INDUSTRIAL, CIENTIFICO, COMERCIAL Y DE ANUNCIOS.

Fundador: Don Angel Maria de Luna.

Director: Don Adolfo de Castro.

Suscripción: Tres pesetas al mes.

Se publica todos los días.—La correspondencia á su Director, Veedor, 13.

Anuncios: A precios convencionales.

La Palma de Cádiz

Tiene razón que le sobra *La Provincia Gaditana*. El dignísimo jefe del partido conservador de la provincia, ni comité alguno han pensado, como ha pretendido un periódico erróneamente, en dar batalla alguna con el propósito de ganar las plazas de la mayoría en varios distritos al verificarse las próximas elecciones de diputados provinciales.

Lo decimos sin temor de que con razón nadie pueda osar desmentirnos. Nuestros amigos políticos en fiel observancia de las instrucciones recibidas es bien seguro que se atienen á presentarse en la lucha con la aspiración única de conseguir el puesto de las minorías: es á lo menos que pueden optar: á lo que la ley otorga ó hace que quede para las minorías de verdadera importancia.

A eso se dirigen los trabajos del partido liberal conservador sin mistificaciones de ningún género: en esa aptitud decidida están nuestros amigos políticos y esa es la opinión siempre juiciosa y oportuna de la persona que acatamos con tanta justicia como jefe en la provincia.

Todo lo que en contrario se diga, no tiene razón alguna de ser, á menos de no llevarse alguna idea siniestra á la conveniencia y á la dignidad de nuestro partido.

Siguen noticias y juicios de periódicos de Madrid acerca del asunto de los cruceros. *El Globo* defiende la nueva industria naval:

«Como sucede en casos parecidos, batallaron los proponentes unos contra otros, y todos juntos contra sus rivales los industriales extranjeros. No diremos que todas las armas empleadas en esta lucha sean de buena ley, pero la condición humana es así, y no habíamos de esperar que se modificase de pronto y por milagro. Donde quiera que pugnen intereses se verán al lado de la emulación noble y digna pasiones egoístas. ¿A quién ha de extrañar que el autor de un proyecto jure y perjure que su obra es la mejor y que no admite comparación con ninguna otra? Esto se ha visto y se verá siempre. De aquí vuestras continuas advertencias al Centro técnico de la Armada, á la Junta de gobierno y al ministro de Marina, para que aparten de su lado eso que se ha dado en llamar influencias, á las cuales debe en gran parte nuestra administración el descrédito en que ha caído.

Pero si las influencias han de ser desestimadas, la opinión, en lo que tiene justa, debe ser atendida. Y la opinión, desde el primer momento, ha aconsejado que fueran favorecidos los intereses nacionales, aunque protestaran y clamasen al cielo los extranjeros.

Aun cuando el precio exceda en 10, 15 ó 20 por 100 sobre el que rige en países extraños, el Estado utiliza en parte sus propios capitales

puestos en circulación, mediante los tributos impuestos á la riqueza pública. Y cómo á la sombra de unas industrias se crean otras, y en torno de ellas se fundan centros de población, resulta al cabo que los sacrificios que el Estado se impone son, en fin de cuentas, gastos reproductivos que favorecen á la masa común de la nación y al Estado mismo.

Sin duda, atendiendo á este orden de consideraciones, y á otras que se refieren á la calidad y á la excelencia de los barcos, las juntas consultivas de la armada, han declarado abierto el concurso y admitidas en principio varias de las proposiciones.

Puestas las citadas juntas en la alternativa de gastar caudales enormes en el extranjero, ó de invertirlos en nuestro propio país para que entren en circulación, y aumenten la riqueza pública, se han decidido por esto último.

El ministerio de Marina ha querido demostrar que en lo que de él depende, no son vanas palabras las que oímos repetir constantemente acerca de los estímulos que conviene aplicar al desarrollo de los intereses materiales del país.

El punto relativo á las garantías ofrecidas por las casas proponentes, está siendo muy discutido.»

En *El Liberal* leemos:

«El sábado 25 de Agosto ha publicado *El Imparcial* un artículo pidiendo que se declare desierto el concurso para la construcción de los cruceros.

Pero se dan sábados.

Porque el sábado 23 de Enero publicó el mismo *Imparcial* otro artículo en que decía lo que sigue:

«Es indudable que lo más ventajoso y lo más práctico sera el dar vida á la industria naval privada, pues los países que hoy la tienen perfeccionada en alto grado la deben á la protección dispensada por sus gobiernos encargándoles la construcción de buques.

En asunto de tanta y tan efectiva importancia, nuestra opinión se encamina á que el país consuma la parte mayor posible de los recursos votados por las Cortes y al echar la base de una industria privada que con verdadero carácter nacional pueda constituir con el tiempo un medio eficaz de mantener un número mayor ó menor de población obrera, dejando la industria oficial circunscrita á sus justos y necesarios límites.»

Ahora esperemos á otro sábado. Para ver si *El Imparcial* se digna darnos á conocer su última y definitiva opinión acerca del asunto:

Pero no vaya *El Imparcial* á acusarnos de mala fé.

El quiere ahora que se rechacen todas las proposiciones presentadas, pero es porque en unas no se ofrecen garantías, y porque en otras se exigen precios muy subidos.

¡Lástima que *El Imparcial* no se haya acordado este sábado de la protección del Gobierno que pedía el otro!

Pero en esto de la protección si que se conoce que tiene ideas fijas.

Por lo visto, cuando *El Imparcial* se encarga una levita regatea bien el precio.

En prueba de que se propone proteger al sastre.»

NOTICIAS POCO CONOCIDAS DE LA HISTORIA DE CÁDIZ.

Muley el Abbas.

En Noviembre de 1861 llegó á esta ciudad el príncipe Muley el Abbas, de vuelta de su expedición ó emba-

jada á la corte en representación de S. M. Sefiriana el sultán de Marruecos. Su entrada fué por la Puerta del Mar en carruajes él y su comitiva, acompañado de las autoridades. No se le formó la tropa porque su entrada no tuvo el carácter de pública. Ocurrió al medio día. Pasó á hospedarse en la fonda de Cádiz, á donde se le envió guardia de honor que mandó retirar. Por la noche asistió al Teatro Principal.

Había una casa ruinosa en la Alameda de Apodaca. Sin duda con los estremecimientos por los saludos que hizo la batería de San Felipe á la entrada de S. A. el príncipe moro, quiso obsequiar á su augusta persona prosternándose. Y con efecto, á las nueve y media de la noche, se vino á tierra el edificio con pasmosa agilidad y como si hubiera hecho estudios profundos para caer de una vez.

Como á esas horas y por aquellos sitios y en las noches de la entrada de invierno, no suele haber transeúntes, no hubo personales desgracias más que los sustos consiguientes por aquel estrépito entre los habitantes de las casas circunvecinas. Este obsequio imprudido era de carácter nuevo, y recordaba á los que hacían los magnates marroquíes sobre los albergues de las kábilas que han merecido las iras del Sultán, cuando éste las visita.

Al día siguiente, fueron las autoridades y corporaciones, unas en pos de otra, á cumplimentar á Muley el Abbas. Era mulato y de color bien oscuro con su poco de geta, con su gran turbante blanco y un manto de finísima muselina del mismo color. Parecía amable de persona. En verdad que no tenía por qué tratarnos mal, ni ponernos cara de perro, ni apostroarnos de idem por idem. Nosotros lo visitamos con otros compañeros del Consejo provincial. Nos recibió tal como lo describimos, sentado con las piernas cruzadas en el sofá de la sala de la fonda, teniendo en el suelo las babuchas, y por supuesto sus pies al aire libre.

Rezaba en las cuentas de un larguísimo rosario. El intérprete le dijo quiénes eramos, y entretanto reza que te reza, y no sería seguramente por el descanso de nuestras almas ni porque nos sucediese bien alguno. El Coram les prohibe pedir á Dios por los cristianos.

Nos alargó á cada uno un buen apretón de manos muy familiar y siguió rezando como si tal cosa. Esto nos recordó las memorias de la literata flamenca madama D'Aulnay, en su viaje por España en el siglo XVI. Refería que muchas veces veía á caballeros españoles con grandes rosarios ir rezando por las calles cuando iban á sus diligencias ó de paseo, y que al encontrarse con amigos y dirigir saludos y preguntas, no cesaban en su rezo.

«Esto nada tiene de particular. Era costumbre que nos había quedado de los moros.

Azancof (que así se llamaba el intérprete de nuestro ministro de Estado) nos significó que S. A. nos agradecía la visita y que rogaba á Dios que nos hiciese felices así como á nuestra familia.

Hicimos una cortesía á S. A. y éste nos hizo con la mano un rústico saludo.

Al salir por los corredores dijimos á Azancof:

«El príncipe no ha dicho á usted que nos diga lo que nos ha dicho.

«Si señores, nos respondió.

«Ese es un cumplimento de fórmula de usted: Cuando en las comedias se dice por un moro á un cris-

tiano *Alá te guarde*, es una sandéz ó ignorancia del autor. En las cartas que dirijen de oficio los moros, empiezan á hablar por frases indeterminadas, como *Alá te conserve en su aprecio al que observa la virtud. Dios conduzca al paraíso al que no se separa del camino de la justicia, etcétera*, porque les está prohibido por su ley invocar á Dios para que favorezca á los cristianos.

Rióse Azancof y nos respondió: «También decimos á las señoras *á los pies de usted* y no nos ponemos á ellos, y *beso á usted la mano* á un hombre y las besamos?»

Como en esto de etiquetas, pocas frecuentamos con los moros, y ellos buenos con nosotros, algo bonito tengo que decir para que los que vengan á saludar al príncipe, queden contentos.

Visitó Muley el Abbas las casas de Beneficencia y las fortificaciones, entre ellas la fortaleza de San Sebastián.

En el casino se le obsequió con un gran baile que verdaderamente deslumbró al príncipe y á su comitiva. Este, no hay que negarlo, era simpático á los españoles por sus conferencias con O'Donnell y porque se creía que nos miraba con cierto afecto. Nuestro querido amigo don Francisco Cerveró de Valdés, ejercía el cargo de presidente de aquella sociedad y dirigió todo con admirable buen gusto. Para Muley el Abbas y su gente, venía este obsequio á serles sorprendente. En Madrid no habían visto bailes de etiqueta rigurosa, ni esas señoras y señoritas tan elegantes, ni todo lo demás que hay de atractivo y encantador de estas fiestas. Sólo conocían bailes á la española ó andaluza que habían tenido ocasión de ver en los entreactos de una comedia y sobre un tablao. Así es, que un mozo joven, grueso, de buen aspecto con jaique de rico paño azul celeste, estaba sentado entre la comitiva, llevando el inocentón unos anteojos de teatro. Había comprendido que podía necesitarlos en el Casino para ver mejor á las que bailaban. Por supuesto que el bueno del mahometano no usó de ellos para cosa alguna, cayendo por sí mismo y sin que nadie lo empujase de su asno.

A la media noche en una rotonda en el patio, fueron obsequiados Muley el Abbas, los suyos y las autoridades con un exquisito *lunch*, difícil de organizar, tratándose de la exclusión de ciertos emparedados, vinos, etcétera, á causa de la severidad de la observancia del Coram. Sin embargo, todo estaba preparado para todos, según sus conciencias. Nuestro amigo Cerveró sabía hacer las cosas muy bien.

Cuando ofrecían á Muley el Abbas algo de comida, preguntaba á Azancof de qué estaba hecho, y éste, que procedía del hebraísmo, según se narraba, y que tenía pericia en lenguas pero no en el arte de preparar fiambres, dulces, etc., y ni en sus secretas combinaciones, salvo en gozar de ellas, daba el *exequatur* magistral á todo lo que le placía. No afirmaremos que Muley el Abbas tomase algo con manteca de cerdo, pero tampoco aseguramos que Azancof no dejase correr las cosas. En cuanto á los demás moros dieron por supuesto que los cristianos éramos hombres de toda conciencia mahometana, y en fé de ello, tomaron de todo, sin molestarnos con preguntas impertinentes. Esto les pareció de muy buena educación. El que estuvo más desgarrado en comer de todo con inaudito descaro, fué un moro negro y ladino, que era el intérprete de cámara de Muley el

Abbas. Hablaba perfectamente el español. Siendo moro, caso de que fuese algo, nadie le nombra por su verdadero nombre, sino por el de *Fondo* á causa de no sabernos qué gracia ó desgracia, noticias que pertenecen á la posteridad y que á la posteridad las dejamos. Era un mozo muy ladino, conocido en los muelles de Gibraltar, Tánger y Cádiz, más que lo fué por sus hazañas Pizarro en las Indias.

Ejercía el cargo de gobernador en Cádiz don Francisco Mendéz Vigo, el cual era hombre de buen humor, y en medio de la intimidad del obsequio se puso delante de Muley el Abbas y le ofreció, por donaire, una copa de vino. El príncipe rióse bondadosamente y le significó que su ley se lo prohibía. Mendéz Vigo no cesó por eso: se volvió de espaldas á S. A., dando frente á la mesa y tapándolo del todo, y por detrás le alargó la copa diciéndole:

«Tómala y bébetela. Nadie te vé. Causó esta broma tal risa á Muley el Abbas, que no sabemos cómo no se ahogó, levantando las dos manos á la altura de la cabeza y juntándolas en ademán de quien dice entre nosotros: «¡Jesús, Jesús y qué barbaridad!»

Antes de irse de Cádiz Muley el Abbas, envió al gobernador civil una carta con cuatro mil reales para obras de caridad. El gobernador le escribió una respuesta que empezaba tratándole de Alteza:

«La caridad es el distintivo de los príncipes como V. A.»

Seguía tratándolo de vos.

«Vos demostrais los instintos de la sangre gen rosa de la Casa Imperial de Marruecos.»

Y por último, lo trataba de tú por tú terminando:

«Que tu Dios te proteja y que el mio te ilumine.»

Los chuscos empezaron entonces á decir que debían agregarse en los libros de doctrina de niños estas frases:

P.—¿Cuántos Dioses hay?

R.—Dos.

P.—¿Cuáles son?

R.—El Dios de Muley el Abbas y el Dios del gobernador de Cádiz.

De todo se saca partido en esta tierra de María Santísima, hasta de la formal embajada de un príncipe moro, el cual acabó trágicamente, según se dice por haber bebido una taza de té envenenada. Podíamos decir con el Neteño el escudero de Guzmán: «¡Lástima que este moro no se salve!» El en verdad parecía bueno.

La emigración.

De un artículo que sobre este asunto escribe nuestro colega de Madrid *El Día* tomamos los siguientes párrafos:

«Cuando apareció el decreto sobre emigrados, hicimos notar sus absurdos: Creyendo que no eran pocos los que enumeramos, suspendimos los comentarios, confiando en que otros ministros los harían por nosotros con la eficacia de quien dispone de la *Gaceta*. Pero los periódicos de Buenos Aires han completado el trabajo, adelantándose á llamar la atención del señor Moret, y esto es lo más sensible, sobre el descrédito que cae sobre España mientras se mantenga en vigor aquel decreto.

No podemos reproducir todo lo que aquellos periódicos consignán: copiaremos algo, recomendando su lectura al Sr. Moret.

La Prensa, después de manifestar que el decreto revela el desconocimiento de las conveniencias económicas de España, para la cual será

